

de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza; que he oído decir, que es muy grande estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oigo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra; y, con todo eso, le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado, que, en sola ella, echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sino señor de almas y lugares, como ya os he dicho.—No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazón Dorotea (y esto, besándola mil veces); no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios, de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen.—¡Ay señora! dijo Doña Clara; ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues, casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querría sino que este mozo se volviese, y me dejase; quizá, con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo; aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad, que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que, para el día de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo.” No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuán como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: “Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos, ó mal me andarán las manos.” Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormían la hija de la ventera, y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta, armado y á caballo, haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó, á lo menos, de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma; y asimismo oyeron que decia, con voz blanda, regalada y amorosa: “¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo! y ¿qué hará agora

la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras! quizá, con envidia de la suya, la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece; qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y, finalmente, qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar aprieta ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que, al verla y saludarla, no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces zeloso y enamorado.” Á este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear, y á decirle: “Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.” Á cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y luego, en el instante, se le representó en su loca imaginacion que otra vez, como la pasada, la doncella hermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle; y, con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y, así como vió á las dos mozas, dijo: “Lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que, en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais, con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido; y si, del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con qué satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.—No há menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes.—Pues ¿qué há menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote.—Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído, tan á peligro de su honor que, si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada

della fuera la oreja.—Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija." Parecióle á Maritornes que, sin duda, Don Quijote daría la mano que le habia pedido; y, proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero, y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que Don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella; y, al darle la mano, dijo: "Tomad, señora, esa mano, ó, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacareis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.—Ahora lo veremos," dijo Maritornes; y, haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y, bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar, muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: "Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que, quien quiere bien, no se venga tan mal." Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque, así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues, como se ha dicho, de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que, si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, habia de quedar colgado del brazo; y así, no osaba hacer movimiento alguno, puesto que, de la paciencia y quietud de Rocinante, bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento, como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues, habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda; siendo advertimiento de caballeros andantes, que, cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así, no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto, tiraba de su brazo por ver si podia soltarse; mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, por que Rocinante no se moviese; y, aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla,

Lám. 12.

